

una gran vitalidad, una deliciosa mirada infantil. Por añadidura cantan muy bien y su repertorio incluye canciones románticas y tristes cuyo contraste con las histéricas, desaforadas o insípidas melodías que vociferan los cultores de géneros similares, es realmente notable.

Es muy cierto también que gran parte del logro del film se debe a su director, Richard Lester, que supo evitar cuidadosamente presentar a sus protagonistas en forma de "divos", sorprendien-

dolos en cambio en su actividad cotidiana, con reacciones, juegos, respuestas y actitudes totalmente espontáneas. Este enfoque da al film una gran fluidez, a lo cual contribuye, además, un montaje muy ágil y un estilo casi documental en algunas secuencias. Lester aprovechó, además, las cualidades histriónicas de los beatles, a través de situaciones cómicas y de abundantes "gags" que hicieron recordar a muchos el humor de los hermanos Marx. ♦

## teatro

### ¿quién le teme a virginia woolf?

• JUAN CARLOS BRIE

**U**NA triste visión del hombre, una búsqueda afanosa (y tal vez equivocada) de la verdad, una patética visión del amor conyugal, de la soledad en compañía y de la frustración. Todo ello y muchas cosas más encontramos en "¿Quién teme a Virginia Woolf?", la potente, cruel, demencial y no obstante coherente obra de Edward Albee estrenada en el teatro Regina por el Centro de Arte Dramático.

La pieza tiene un antecedente: "Huit Clos". Como en ella, los protagonistas se dicen implacablemente su pensamiento. A diferencia de la pieza de Sartre, lo hacen voluntariamente. El resultado es igualmente aterrador.

Tal vez sea vana tarea intentar encontrar una lógica en su desarrollo argumental. Jorge, oscuro profesor de una universidad de segundo orden, se ha casado con Marta, la ambiciosa hija del Rector. Pese a ello, su falta de carácter le ha impedido llegar a titular de la Cátedra de Historia, cosa que su mujer no le perdona. Una noche invitan a Nick, el nuevo profesor de ciencias y a Honney, su

esposa, a pasar un rato con ellos. La bebida desata las lenguas y comienza una tremenda puja verbal, que dura los tres actos y en la cual cada uno desnuda su alma. En el vaivén de este salvaje juego de la verdad hay alianzas, traiciones, insultos soeces (repetidos hasta el cansancio), agravios sutiles o emboscados y alguna pequeña ráfaga de ternura melancólica. Es un mundo hostil, que desdén la compasión y que linda con la locura. De allí su falta aparente de lógica, evidenciada en la ambigüedad con que Jorge habla de sus padres o en el episodio del hijo imaginario que decide matar.

Pero no es justo pedirle lógica a algo que no va dirigido a nuestra razón, sino a nuestro subconciente, puesto que allí es donde apunta, precisamente, Albee. Su obra tiene conexiones con una magnífica novela argentina, "Rayuela", en más de un aspecto. Sus protagonistas, por ejemplo, son fronterizos. Cuando Jorge habla de su padre, le asigna diferentes personalidades. Otro tanto hace el Gregorovius de Cortázar cuando se re-

fiere a su madre. Estas (y otras aproximaciones) no son meras coincidencias. En ambas obras se ha perseguido un enfoque psicoanalítico, cuyo desarrollo desemboca en situaciones que nos permiten suponer, en más de una ocasión, que estamos frente a una sesión de ácido lisérgico, más que a una representación teatral o a la lectura de una novela.

"¿Quién le teme a Virginia Woolf?" se evade de los cánones de las piezas comunes. No obstante ello, cumple acabadamente el precepto de la catarsis aristotélica. Nadie puede dejar de sentirse atrapado por su trama o sacudido por su violencia. Lo que es de desear es que Albee evolucione hacia una forma menos cruel

de expresión. La vida puede ser terrible, es cierto, pero puede brindar, también, instantes de auténtica felicidad. Es cuestión de saberlos esperar.

La puesta en escena de Luis Mottura es, a nuestro juicio, su mejor trabajo para la escena. Esto no quiere decir que sea excepcionalmente buena, pero está bien ritmada y tiene calidad.

De los intérpretes, Myriam de Urquijo (Marta) e Ignacio Quirós (Jorge) cumplen una eficiente y agotadora intervención, digna de elogio. Muy bien Selva Andrade como Honney. Un poco desdibujado el Nick de Emilio Alfaro.

Eficaz la escenografía de Mario Vana-relli. ♦

## la luz ajena

**A**LBERTO DE ZAVALÍA es un autor letal. Unas veces adormece al público con su propio esfuerzo. Otras, menos inspirado, acude a la ayuda ajena. En el caso que hoy nos ocupa, el cómplice involuntario ha sido Próspero de Merimée.

Dos actos, divididos en tres cuadros cada uno, en los que no pasa casi absolutamente nada, donde los protagonistas se limitan a contar hechos vividos, que a nadie, sino a ellos mismos, interesan, son más que suficientes para aniquilar al espectador mejor dispuesto.

Aceptar que "La luz ajena" pueda ser llamada, impunemente, una obra teatral es, no sólo consagrar una injusticia, sino avalar un hecho peligroso. De proliferar piezas de este tipo, los teatros terminarían por convertirse en lugares solitarios e intransitables.

Merimée merecía un tratamiento más cortés. El público también, pero Zavallía suele ser implacable. Lástima, porque con un mínimo de artesanía se hubiera logrado una adaptación discreta.

Esteban Serrador no ha podido salvar

la pieza con su dirección. En su papel del Doctor, fluctuó entre una afectación y una naturalidad extremas. Irma Córdoba (Elena) correcta en un papel que no se adecúa a su físico. Opaca Mathy Moray (Ana), condenada, al parecer, a papeles de ama de llaves. Jorge Barreiro compuso un pésimo Gustavo. Necesita mucho estudio. La nota grata fue la rentrée de Yeya Ducié. Los años de alejamiento no han menguado su belleza y le han dado, en cambio, seguridad. Sobrellevó dignamente su papel, rellenando con ternura sus vacíos parlamentos y llegó a comunicar su emoción al público.

La escenografía merece un párrafo aparte. No sabemos si por iniciativa propia o cumpliendo instrucciones precisas, Leal Rey ha confeccionado un espantoso decorado transparente, semimovible (hay una pared que se corre automáticamente, con un áspero chillido y un balanceo alarmante), en la que se mezclan elementos modernos con muebles antiguos. Todo da la sensación de barato y provisorio, hecho como para durar poco tiempo. ♦